

JOSÉ VIDAL MUNNÉ

LA ODISEA DE LOS
MICROBIOS

EDICIONES LETI
1946

A39/10

Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Biblioteques



1500667190



Universitat Autònoma de Barcelona

Facultat de Veterinària

Biblioteca

Donatiu de _____

AGENCI-SECUR

1500662110

LA ODISEA DE LOS MICROBIOS

LA ODISEA DE LOS MICROBIOS

J. VIDAL MUNNÉ

Ex Director del Instituto de Biología Animal
Jefe de la Sec. de Vacunas del Laboratorio Leti

Conferencia dada en el Instituto Francés,
el día 18-XII-45, con motivo de la Semana Pasteur

Selecto auditorio:

Es comprensible la curiosidad de los hombres **Preludio** por descubrir el secreto de sus males. Es indudable que el factor más importante de nuestra felicidad radica en la salud, y todo lo que se haga y se imagine para mejorarla y mantenerla se debe calificar de noble empeño.

Y en esta tarea incansable y cada día de mayores proporciones, encaminada a destruir o anular las fuerzas nefastas que minan la armonía de nuestra organización material, una de las víctimas más torturadas son los microbios como responsables de tantas enfermedades infecciosas. Yo no sé si podría determinarse con discreta aproximación el volumen de cuanto se ha escrito contra los microbios. Debe ser de una extensión tan enorme, que renuncie a su conocimiento.

Y no obstante, si pensamos un poco en creyentes y admitimos que todo cuanto existe es obra del Supremo Hacedor, deberemos convenir que

son exiguas, por no decir inexistentes, las demostraciones de pesar por el infinito daño que hacemos a los microbios.

¿No existen por ventura en nuestra civilizada sociedad múltiples organizaciones con el filantrópico propósito de proteger a los animales y plantas ante la barbarie y la crueldad de que son objeto por parte de los hombres?

Y si esto es cierto, ¿no sentimos un poco de responsabilidad ante nuestro egoísmo? A todos nos parece normal que se protejan las plantas y los animales de posibles malos tratos, y al mismo tiempo fomentamos la cría del cerdo y el cultivo de los vegetales para adornar nuestras mesas y satisfacer nuestros paladares. Es decir, encendemos una vela a Dios y otra al Diablo. Y así nos imaginamos en paz con nuestra conciencia. Es una magnífica actitud epicurista que no pretendo censurar en sus resultados.

Pues bien, si esto hacemos con otras víctimas de nuestra voracidad, no creo vaya a producir una alarma desmesurada que yo pretenda defender a los microbios. Por otra parte, es hora ya de proclamar sin ambages que no todos los microbios deben ser considerados como enemigos de la especie humana. Y ello, no por caridad y condescendencia, sino por un imperativo de justicia que no hay posibilidad de eludir.

Mas, ¿cómo enfocar esta pretendida defensa de

los seres que más profundamente odia la Humanidad en su alta jerarquía de Rey de la Creación?

Esta pregunta acuciante flotaba en el mundo de los microbios, seriamente preocupados por sus desdichas, y al fin, después de largo debate, acordaron dirigirse al *Homo sapiens* de Linneo en forma de requisitoria judicial, mostrándole toda su inaudita crueldad. Y en estos momentos de solemnidad conmemorativa por uno de vuestros genios más legítimos, decidieron me presentara yo ante vosotros, constituídos en Tribunal y Jurado, para que en su defensa os contara el dolor de sus cuitas. Para esta misión, bastante difícil, me tenéis aquí dispuesto a representar una inocente farsa judicial.

Y para empezar, utilizaré las palabras de ritual en las defensas:

El imperativo de vivir

Con la venia:

Si desde los albores de la Creación, la vida se ha caracterizado por una lucha incesante por el afán de existir, a nadie puede sorprender que los microbios, como seres que surgieron de las manos del Creador, entablaran su pelea contra todas las fuerzas que se oponen a su subsistencia. Hacerlo de otra manera, sería rehuir su sagrado deber de conservar una vida que por algo les fué dada. ¿Es que vamos a tener la irreverente osadía

de discutir nuestro destino? Tamaña pretensión significaría aspirar a una rectificación de la obra de Dios.

Creo que a nadie con una discreta dosis de sensatez se le va a ocurrir decidirse por esta ruta de una manera simplista.

A los microbios nos parece correcta la lucha noble, con las mismas armas con las que Dios quiso proveernos.

Así fué nuestra existencia durante muchos siglos y la Humanidad ha seguido progresando, y se ha poblado ya una gran parte del planeta que usufructuamos, a pesar de aquellas pandemias de cólera, de peste y otras por el estilo, que dejaban desiertas importantes zonas de vuestros pueblos. Pero desde hace varios lustros, esta armonía entre los equipos en lucha ha sido rota por el hombre.

El origen de la felonía

Esta deslealtad en los campos de batalla culmina en la obra de uno de vuestros genios más admirables, en Pasteur, a cuya memoria estáis celebrando estos actos conmemorativos.

Sospecho que imagináis que situamos en la obra de Pasteur el origen de nuestros males, y estáis en un lamentable error. Para nosotros, el comienzo de nuestras desventuras lo situamos en una época precisa de vuestra Historia. No nos ocurre

como a muchos hechos famosos de vuestra vida pasada que se pierden en la noche de los siglos.

Empezó nuestra desdicha, paralelamente a la vuestra, en los días de Adán y Eva. De no haber existido la incontenible curiosidad de la primera mujer, con su ansia de saber lo que se ocultaba en el misterio de la manzana prohibida, la vida seguiría su curso en la paz del Paraíso, sin preocupaciones, sin inquietudes de progreso, sin microscopios, sin ascensores y sin aeroplanos. Todo vuestro confort y todos los secretos que poseéis de nuestra diminuta existencia tienen su origen en la rebeldía de Eva frente al árbol del Bien y del Mal.

Quién sabe cómo transcurriría nuestra existencia sin el gesto de infinita curiosidad que impulsó a los hombres hacia las rutas del progreso y de lo que pomposamente llamamos civilización. Acaso el mundo fuera un Paraíso y hoy no tendría yo razones ni motivos para esta requisitoria dolientes.

Como se deduce de mi hipótesis del progreso, no quiero acusar inicialmente a Pasteur. No puedo ver en él más que el hombre superdotado que al asomarse a nuestro mundo, supo sacar un mayor provecho de sus investigaciones.

Mas, sea como sea, antes de la era pasteuriana, nuestra vida se desenvolvía con amplia libertad. Nos podíamos permitir el lujo de establecer gran-

des pandemias que ponían a prueba la habilidad y la resistencia de vuestros resortes orgánicos. Bien es verdad que, con todo y los estragos que causábamos, al fin se nos vencía. Pero la lucha había sido noble, caballeresca. El más fuerte o el mejor estratega se atribuía la victoria, que no pretendíamos discutir.

Paréntesis fugaz

Tuvimos ciertamente un período regocijado al contemplar como actores y espectadores vuestras apasionadas disputas en torno de la generación espontánea. Bien es verdad que nuestra risa sospechábamos que no duraría mucho. Los más suspicaces de los nuestros no estaban muy tranquilos entre las discusiones de los hombres, y no auguraban nada bueno como final de tanta discordia y tanto empeño en buscar una demostración inequívoca que aclarara el misterio del *omnes ovo ex ovo*.

Aparecen los microscopios, estos malditos aparatos que descubren nuestra pequeñez, y el panorama se obscurece. Ya sabéis un poco de nosotros. Los miasmas y los efluvios, palabras mágicas con las que se ocultaba vuestra ignorancia, dejan de tener sentido, para centrar toda vuestra atención en nuestros cuerpecitos y estudiar nuestra vida.

Y aquí empieza el acto primero de nuestro calvario. Acostumbrados a la frivolidad y a la coquetería, los hombres se han empeñado en embellecernos con las complicaciones del tocador. Nosotros, que quisiéramos pasar inadvertidos y que de la sencillez y la modestia hemos hecho nuestra más firme doctrina, nos vimos sorprendidos por vuestra impertinente manía de pintarnos y querer averiguar las intimidades de nuestros cuerpos. Para que nada faltara a vuestra provocación, hasta de nuestras pestañas os preocupáis, tiñéndolas, contándolas y precisando su situación. ¿Para qué tanta curiosidad? Además, ¿qué constancia tenéis de nuestra conformidad? Bien está que vuestras mujeres se compliquen la existencia con las preocupaciones de sus afeites y de sus pomadas. Pero esto no es motivo para que nos impongáis sus métodos sin saber si somos amantes de la coquetería. Yo os afirmo solemnemente que no sentimos el menor entusiasmo para aumentar nuestro poder de seducción.

Ya estaríamos resignados si ésta fuera la única queja. Con la aparición en escena de vuestro Pasteur, comienza nuestro drama, que no tiene trazas de acabar.

Con Pasteur empieza nuestro cautiverio y nuestro martirio. Hasta entonces habíamos escapado a vuestra sagacidad y nuestras vidas eran libres, con las únicas limitaciones de la lucha con los

elementos de la Naturaleza, entre los cuales contamos al hombre.

No conocíamos la prisión, y ahora comprendemos la emoción de vuestros versos:

Vivir en cadenas
cuán triste vivir...

¿Qué otra cosa son vuestros medios de cultivo, más que impresionantes cautiverios y vergonzosos cebaderos?

**Aparece la
crueldad**

No sentiríamos un gran despecho por vuestras prisiones, si no tuvieran otro objeto que conservar nuestras existencias, como hacéis en algunos laboratorios organizados a este fin. Pero es que vuestra crueldad y vuestro desprecio por nuestras vidas no tiene límites. Nuestras prisiones las habéis convertido en antros destinados a nuestra degeneración. Habéis conseguido con engaños, que nuestra fiereza primitiva, nuestro poder agresivo vaya desapareciendo lentamente de las generaciones jóvenes. En realidad, no es una doma lo que buscáis en la atenuación de nuestros hermanos con miras a preparar vuestras vacunas. Lo que conseguís es algo más monstruoso, es en efecto una modificación tan profunda de nuestra existencia que hasta se nos hace perder la noción fundamental de nuestra dignidad. Llega a tal extremo

la desnaturalización que sufrimos por este mecanismo, que no tenemos el menor inconveniente de prestarnos a colaborar en la lucha contra nuestros hermanos.

Prisioneros y campos de concentración, son ideas lúgubres que acompañan siempre a los horrores de la guerra. Constituyen la negación del respeto humano. Son un sarcasmo vergonzoso a los principios de la cristiana fe, de la que tanto pretendéis sentir su orgullo.

¿No os habéis dado cuenta que con nosotros obráis como si fuéramos prisioneros a los que se obliga a trabajar en beneficio del vencedor? Ni tan siquiera el silencio respetuoso que debe merecer el vencido.

Nuestros hermanos envilecidos por vuestras artes maquiavélicas, son utilizados para preparar vuestras defensas y mejorar vuestros dispositivos de ataque. Para no hablar solamente en tono de generalización, creo que vale la pena de poner ante vuestros ojos, o mejor ante vuestras conciencias, unos cuantos casos concretos: Habéis degradado al inframicrobio de la rabia para situarlo en las zonas sensibles donde se dirige su auténtico hermano, bloqueándole sus posiciones clave y hacer infructuoso su ataque.

Con nuestro valiente vibrión colérico habéis lle-

**Surge el
esquirol**

gado a una conclusión semejante, haciéndole inofensivo para el hombre y ayudándole a mejorar su pobre sistema defensivo.

En las enfermedades de los animales, la gama de nuestro envilecimiento ha proporcionado a vuestros técnicos infinidad de armas desleales que ayudan a nuestra destrucción.

**El honor no
se mancha**

Pero en estos casos descritos, cabe para nosotros un indicio de honor. Los hermanos embrutecidos por vuestros malabarismos de laboratorio, pagan con su vida, el crimen de su traición involuntaria.

¿Y no acude a vuestras mentes, al considerar estos hechos, que el sentimiento del heroísmo acrecienta nuestro orgullo?

¿Olvidáis la gesta tan pregonada de Guzmán, lanzando su cuchillo para que sea sacrificado su hijo, antes que rendir Tarifa?

¿Qué otra cosa son las miríadas de hermanos nuestros, que son devorados por vuestros organismos en holocausto de vuestra presunta felicidad? Mas no somos vanidosos y no venimos aquí a proclamar estos méritos heroicos que nuestra fuerza y nuestra pequeñez no necesitan de vuestra admiración para sentir con orgullo el sentimiento de su propia estimación.

Yo os pido que no veáis en estas palabras el más pequeño indicio de altanería. Somos sobrada-

mente conscientes de nuestra insignificancia y de nuestro infinito dolor.

Pero deberíais tener en cuenta que en vuestra inconsciente tarea de procurar nuestro exterminio, habéis olvidado el respeto de vuestro código moral. No quieras para los demás lo que no deseas para ti.

Las guerras civiles son las luchas más feroces y que más deshonran a los contendientes.

Estos preceptos en los cuales fundamentais la esencia de vuestra vida en comunidad, son vulnerados en nuestras luchas y, naturalmente, en beneficio vuestro.

En vuestra impertinente curiosidad por nuestra existencia, habéis llegado a fomentar y cultivar la guerra civil. **La guerra civil**

Voy a recordaros un ejemplo que todos conocéis sobradamente: El B. C. G. Después de doce años de entrenamiento y de torturas, habéis llegado a conseguir unos microbios inofensivos para vosotros, pero que implantados en vuestro organismo se convierten en su defensor, desalojando con toda tranquilidad a sus hermanos legítimos, cuando se empeñan, en cumplimiento de su deber, a ocupar sus posiciones predilectas. Séame permitido, en este momento, proclamar nuestro más profundo desprecio por esa raza abyecta que ha sabido

ponerse a vuestra disposición, como si fueran unos mercenarios que olvidan su destino y su dignidad.

Pero todavía hay más, relacionado con estos microbios sin dignidad. Se han convertido en vuestras expertas manos, en los artífices de una deliciosa misión que habéis bautizado con el nombre de anakoresis. ¿Qué significa esta palabrita, traducida al lenguaje corriente? Pues una de las acciones más despreciables y crueles que los hombres han imaginado: en reclamo para cazar incautos. La comparación más gráfica la tenéis en la pobre codorniz enjaulada, sirviendo para poner a tiro del cazador, las codornices atraídas por la llamada delirante de la eterna sexualidad.

Pues bien, en la anakoresis creáis un foco inofensivo con el B. C. G. En sus contornos se forma una zona con elementos defensivos superabundantes para retener la acción discretamente agresiva del tuberculoso traidor. Hacia esta zona se dirigen los incautos bacilos tuberculosos, atraídos por misteriosas fuerzas que no habéis aclarado y que, naturalmente, no voy yo a descifrar, y se encuentran con las defensas aprestadas a su destrucción, con todo lujo de elementos, en lucha desigual...

A este respecto y buscando una actividad semejante, habéis imaginado otros procedimientos de engaño, desleales como método de lucha caba-

llesca, pero en el cual no se utiliza la colaboración del traidor: la derivación de polinucleares y la proteínoterapia.

Graves y abundantes son los cargos que he formulado, pero no he terminado mi catálogo de acusaciones. Vuestra curiosidad es insaciable y desgraciadamente para nosotros sabéis sacar partido de vuestras observaciones, aprovechando todos los resquicios que ofrece nuestra unidad social.

**La vanidad
al servicio
del mal**

Con sorpresa para vosotros, que en realidad debió ser admiración, habéis estudiado con minucioso detalle las características de nuestra vida como comunidad, como estado social.

Y creyéndooos que imitábamos vuestras discordias y vuestras alianzas, visteis que en nuestro mundo existen riñas, despojos, colaboraciones y estímulos.

He aquí vuestra presuntuosa designación: estimulación, antibiosis, sinergia y antagonismo, clasificadas estas actividades en recíprocas, unilaterales, directas, indirectas, vitales y funcionales. No voy a fatigar vuestra atención descifrando el sentido de cada una de las diversas sorpresas que habéis gozado en la observación de nuestras vidas. Lo que sí quiero destacar es la infundada sensación de sorpresa que habéis tenido. ¿Acaso puede extrañar a los hombres, que en sus luchas y dis-

cordias, se destrozan y martirizan en cantidades ingentes, que también nosotros luchemos por intransigencias, incompatibilidades y rencores?

Pero dejemos por un momento las divagaciones filosóficas para ceñirnos al daño inmenso que para nosotros se ha suscitado como consecuencia de vuestros estudios.

En primer término y con el prurito de agotar vuestras experiencias, habéis llegado a provocar entre nosotros tremendas crisis de canibalismo. Ensayando en vuestros tubos, convertidos en campos de concentración, habéis conseguido que unos microbios con propiedades proteolíticas se coman a sus hermanos al ponerles juntamente en un medio sin substancias alimenticias. Habéis explotado cínicamente vuestra tesis cruel de que el hambre es mala consejera. Afortunadamente, esto sólo puede ocurrir en medios artificiales, ya que tamaña crueldad no es factible en la vida en plena Naturaleza.

La curiosidad por el mal

Luego visteis que entre los nuestros existe un salvaje que no entiende de códigos de honor; el piociánico. También por fortuna, su actividad antibiótica no ha podido ser aprovechada como arma para aniquilarnos. El manejo de sus explosivos es peligroso para vuestros organismos y

con profundo pesar habéis desistido de su empleo sistemático en nuestras luchas incesantes.

Más tarde, apareció ante vuestros ojos atónitos el fenómeno más impresionante de cuantos habéis descubierto: la Bacteriofagia. En el mundo de los infinitamente pequeños, también existen guerras en toda la extensión de su trágico valor.

El maravilloso descubrimiento levantó un sinfín de discusiones, que llegaron en algún momento a ser bien poco elegantes, a propósito de nuestra identificación. Es el hecho en sí, tan extraordinario, que la duda de que el bacteriófago fuera un ser vivo, flotó por el ambiente de vuestros sabios, durante muchos años. Ha sido precisa la existencia del microscopio electrónico para disiparlas completamente. Hoy significaría una falta de buen sentido negar esta realidad.

Para su estudio y para su aprovechamiento terapéutico, ¡cuántas víctimas propiciatorias habéis inmolado, sin una queja! En este caso espero me permitiréis una tenue gallardía. Vuestro triunfo, que os parecía fácil, sencillo y baratísimo, no ha podido ser completo, porque nosotros hemos sabido crear y seleccionar razas que saben defenderse de los ataques de nuestro más sutil y feroz enemigo. Todavía quedan muchos incautos y confiados que caen víctimas del bacteriófago, pero sospechamos que a la larga este enemigo no ofre-

cerá un gran peligro para nuestra persistencia. Veremos quién posee mejores técnicos.

Ahora bien, y meditando sobre este hecho tan curioso del bacteriófago, aparte la infinita cantidad de prisioneros que para él sacrificáis constantemente, ¿no habéis pensado que es una ayuda incorrecta que utilizáis?

El respeto a los derechos naturales

En el manejo de vuestras normas de conducta internacional, pregonáis la libertad de los pueblos para decidir sus propias contiendas, y en cambio, en este caso, burláis vuestro papel de neutrales estrictos, favoreciendo ilimitadamente el poder agresivo de uno de los contendientes. Para vuestro uso un código, cuya vulneración es motivo de airadas protestas, y para nosotros os parece naturalísimo olvidar los compromisos que jurasteis mantener. Magnífica lógica consecuente con vuestro egoísmo.

Bien dijo uno de vuestros poetas más populares:

Nada hay verdad ni mentira :
todo es según el color
del cristal con que se mira.

La lucha por el pan

Todos los argumentos, todos los métodos son lícitos si benefician nuestros intereses. Así razonáis, si en algún momento habéis detenido vuestra atención pensando en nuestras desventuras.

Y claro, si os pareció magnífica la aportación del bacteriófago, habéis recibido con alegría inusitada el descubrimiento de la acción antibiótica de algunos hongos. En vuestra literatura se puede leer que la Penicilina representa un momento estelar en la Historia de la Medicina.

Y para nosotros, ¿qué significado puede tener? Sencillamente un nuevo método de lucha basado en la ya crónica deslealtad de vuestros métodos guerreros.

En la concurrencia universal por los medios nutritivos, se fundamenta todo lo que es acción, desde la pura elucubración filosófica, hasta la guerra más devastadora en busca del espacio vital.

A esta ley fatal no escapa nadie. Y así no puede ni debe alarmar a nadie que los hongos, para proteger su conquista alimenticia lancen sustancias, con el propósito de alejar a posibles competidores que le puedan discutir su succulento botín.

Vislumbrado este hecho, tan simple y tan natural, parece que vuestra actitud debiera ser la del espectador correcto que mira, comenta, piensa y divaga sobre las reacciones de los contendientes. Mas no ocurre así. Inmediatamente que se advinó la gran posibilidad defensiva de esta sustancia, a toda prisa y sin regatear ningún esfuerzo, os dedicasteis a la tarea de obtener la mayor cantidad posible de esta nueva arma, que paraliza nuestras

facultades nutritivas, y por consiguiente nos deja desarmados con suma rapidez. ¿Para qué vamos a ocultaros la verdad de los hechos? En vuestros conocimientos y en vuestras propias leyes biológicas tenéis la razón de lo que nos ocurre, y porque pasa con tanta celeridad. ¿No decís vosotros que la intensidad del metabolismo está en razón inversa del volumen de los seres vivos? Pues la cosa no puede ser más clara. Si un hombre puede vivir un mes sin comer, un microbio no aguanta muchas horas en ambiente hostil si no puede reponer sus energías con facilidad.

He aquí el secreto de las sulfonamidas y las mucoínas. Es como si quisierais dar un gran valor guerrero a un batallón que rinde y hace prisionero a todo un regimiento desnutrido y carente de municiones para cobrar cara su vida.

Y esto y no otra cosa es la penicilina, que no satisfechos de pedir su elaboración a los hongos que son sus inventores, y que por lo tanto conservan su patente y su originalidad, habéis recurrido a la síntesis química, para obtener con mayor facilidad este poderoso instrumento para deshaceros de los que llamáis huéspedes molestos.

Ya tenéis una factoría propia de armas potentísimas, por el procedimiento poco honorable de usurpar los derechos de patente a quienes legítimamente corresponde.

Hace ya muchos años que conseguisteis grandes fábricas de material bélico, sirviéndoos de los animales domésticos, obligándoles a elaborar anticuerpos en proporciones extraordinarias. Vuestros sueros terapéuticos verdaderos y enormes arsenales de municiones, en algunos casos activísimas, son armas que rompen la sagrada armonía entre los bandos contendientes.

**Las grandes
industrias
de guerra**

Pero podría darse el caso que vuestra victoria actual, que pregonáis a són de trompetas, se convirtiera en victoria pírrica. Se susurra ya en las Agoras de vuestros sabios, que se encuentran razas de microbios que actúan con perfecta indiferencia ante la acción congeladora de la Penicilina. Aguzad vuestro ingenio y rogad a Dios que estos elementos resistentes a la Penicilina no constituyan una selección invulnerable a vuestra guerra química, y constituyan, en un futuro no muy lejano, los únicos soldados de nuestros ejércitos.

**Nuestra
réplica**

Con ello, si llega a realizarse, se cumpliría el viejo refrán de que «con el pecado encontrarás la penitencia».

Porque no hay duda que cometéis con ello un delito que vuestros acuerdos internacionales han sancionado. La guerra química está condenada por el convenio de Ginebra. Para vosotros significa

la máxima crueldad en las luchas que con tanta frecuencia desencadenáis.

Hasta muy recientemente lo considerábais el elemento bélico más cruel y más inhumano. Actualmente, después de la bomba atómica, no sabemos concretamente cuál es vuestra opinión honrada y sincera.

Las técnicas del verdugo

¿Y los métodos que empleáis para matarnos fuera del organismo? El veneno, como si estuviéramos en tiempos de Atenas o de Roma, en el apogeo de la cicuta.

El calor, como si quisiérais recordar los autos de fe que organizaba el Tribunal de la Inquisición.

Pero no bastan estos suplicios en sí mismos. Como los verdugos orientales ha sido preciso buscar refinamientos de tortura.

Tal es, por ejemplo, la tindalización. Con este método matáis a todos los gérmenes jóvenes, y como veis que los adultos esporulados se resisten a la tortura del calor, aguardáis fríamente que aparezcan formas jóvenes para seguir el exterminio hasta su totalidad.

Uno de vuestros técnicos más destacados, al comentar este hecho, ha confesado con perfecta naturalidad que es a la infancia a la que hay que atacar para asegurarse plenamente el éxito. ¡Bonita lógica si la comparamos con vuestras organi-

zaciones dedicadas a proteger a la infancia! Por si todo lo expuesto fuera poco, habéis conseguido sumergirnos en la más humillante y nauseabunda de las torturas que se pueden imaginar. Constituye un reto a todos los principios de decoro, elegancia y sensibilidad. Representa un I. N. R. I. infamante como culminación de nuestro largo martirio.

¿Qué es ello, diréis alarmados? Pues simplemente los antivirus en su aplicación terapéutica. Necesito realizar un gran esfuerzo para encontrar palabras correctas para definir este suplicio que desborda todas las posibilidades de tortura escatológica. He aquí lo que significa, para vuestra vergüenza, el uso de los antivirus: sumergirnos íntegramente en los detritus concentrados de nuestro catabolismo.

Estoy muy lejos de haber agotado los motivos de reproche, pero imagino que si vuestro corazón alienta sentimientos misericordiosos os bastará lo expuesto para moveros a la compasión.

Y ya en este punto, es posible que algún espíritu razonable esté tentado a preguntarme cómo quisiéramos las guerras que desgraciadamente no pueden interrumpirse.

Pues bien, permitidme una sugestión, esquemmatizando una de las pocas luchas que mantienen el fuero de la lealtad. Quiero referirme a la tu-

Una invitación inútil

berculosis, acaso una de las guerras más cruentas por la felicidad humana.

¿Qué pasa con la tuberculosis? Sobradamente lo sabéis. Todos vuestros esfuerzos para hallar un instrumento bélico eficaz os han fallado. ¡Incluso el oro! Un rotundo mentís a vuestro poeta: «Con oro nada hay que falle».

Tuberculina, estudio detallado de nuestro organismo con sus gránulos de Much, Splitters de Spengler, formas filtrantes, partígenos de Much, extractos diversos, esquiroles como el bacilo de la tortuga y el B.C.G., sueroterapia, y qué sé yo cuántas cosas más.

Al final de esta penosa vía, en la búsqueda de nuestra destrucción, hoy por hoy, habéis convenido que la defensa mejor contra nuestro bacilo tuberculoso es dejar que vuestro organismo luche por sí mismo, situándole en las mejores condiciones de higiene, que os es dable proporcionarle.

En síntesis, un leal mano a mano, donde el vencedor y el vencido no utilizan más que sus propios medios. Los que recibiera de nuestro Creador.

En esta noble lid no tenemos queja. Cuando vencemos, guardáis no pocas veces de nuestra epopeya la aureola de una muerte romántica, o el resplandor de un genio que se mostrara al mundo gracias al estímulo de nuestra agresión.

Si somos nosotros los vencidos, sabemos morir heroicamente como los numantinos, envueltos en

las redes del tejido fibroso y sepultados al fin por bloques de piedra, que marcan cual un monolito, en cualquier rincón de vuestro cuerpo, el recuerdo perenne de un campo de batalla.

He aquí una manera irreprochable de proceder, sin ayudas mercenarias ni auxilios sospechosos.

Ya sé que os vais a sonreír de nuestra ingenuidad, si abrigamos la menor esperanza de que todos nuestros conflictos se van a resolver de una manera impecable, respetando el equilibrio de fuerzas que inicialmente nos diera el Supremo Hacedor.

Perdonad este momento de fantasía optimista, que no parte de un sentimiento de debilidad ni de cansancio. Sensaciones son estas que debemos desconocer, ya que suponen la antítesis de nuestra razón de existir.

**La ironía
ante vuest-
tra pre-
sunción**

Creo que son más que suficientes los cargos, reproches y quejas que he puesto ante vuestra consideración; bastantes más podría presentaros, pero no voy a intentarlo en mérito a vuestro posible cansancio, que podría llegar a inclinaros hacia el desinterés por nuestros sufrimientos.

Pero sí me voy a permitir un paréntesis, en mi alegato acusatorio, en el cual, la ironía pretenderá ocupar el sitio del dolor, en esta humilde catilinaria.

Espero no veréis una molesta jactancia en mis palabras, y si sois sinceros, y la justicia no es un mito entre vosotros, comprenderéis que no es abusivo sonreírnos un poco de vuestras palabras altisonantes y complicadas, para definir nuestros actos vitales y la intimidad de nuestra estructura.

¿A dónde voy a parar con este prelude de vaguedades y de excusas que aspiran a ser amables?

**El enigma
de nuestros
amores**

Pues al capítulo, para vosotros casi inédito, de nuestra vida conyugal.

En vuestro afán de bucear por los misterios de nuestra existencia debéis sentir, seguramente, un poco de vergüenza por lo poco que sabéis de nuestros amoríos. Casi puede decirse que no habéis pasado de los conocimientos adquiridos en los primeros tiempos de vuestros descubrimientos del mundo de los infinitamente pequeños.

Y el escozor de vuestra ignorancia debe ser un verdadero tormento.

Un mundo donde la poesía y la belleza se sintetizan en el acto sagrado de la perpetuación de las especies, se obstina a descorrer el velo que cubre nuestro enigma.

De las plantas, sabéis la maravilla de las flores y el embrujo de los perfumes para solemnizar su epitalamio.

De los insectos guardáis la emoción de una de

las más bellas páginas de vuestra literatura, en el poema impresionante de Maeterlink sobre el vuelo nupcial en las abejas.

Y del Amor entre vosotros, ¿qué voy a deciros?, si en realidad la mayor parte de vuestros actos y de vuestras inquietudes se polarizan en los instantes de vuestra pasión o de vuestra mística, creando vuestros ensueños y las únicas partículas legítimas de felicidad que os es dado probar en este mundo torturado.

Y a pesar de tanto saber, ignoráis casi todo, de los latidos de nuestros corazones abrasados, mientras nuestros cuerpecitos os eclipsan en su función procreativa, acaso la más firme defensa de nuestra insignificancia ante el poderío abrumador de tanto enemigo que desea nuestra perdición.

En las filigranas de vuestros cálculos presuntuosos, habéis llegado a comprender con espanto, que si no encontráramos tantos valladares en el camino de nuestra reproducción, el mundo sería nuestro, desbordado por nuestras generaciones incesantes.

Para llegar a esta triste conclusión, referente a los detalles de nuestra vida íntima, ¡cuánta ciencia empleada! Cuando apareció el microscopio, una sonrisa de satisfacción lució en la cara de vuestros hombres de ciencia, pero después de

El espejismo de vuestra ilusión

múltiples investigaciones y sin querer confesar vuestro fracaso, acusáis a vuestro magnífico aparato amplificador de ser impotente para dar la imagen precisa que de él solicitáis. Toda la culpa la tiene el pobre tamaño de la onda luminosa.

Ante la inutilidad de preguntarle nada más al microscopio corriente, recurristeis a la disgregación química de nuestro cuerpo. Con un poco de fantasía habláis de antígenos diversos y de compuestos glúcidos y lipídicos. Algo así como si el corazón y los pulmones y las glándulas de secreción interna se pudieran identificar por una fórmula química de tipo exagonal. Diríase que aquí olvidáis vuestra tradición de clasicismo anatómico y fisiológico.

Un esfuerzo más y nos encontramos con la última maravilla de la técnica: el microscopio electrónico. Efectivamente, nuestro cuerpo aparece ante vuestros absortos ojos con un tamaño insospechado y con un magnífico porvenir de ilusiones. Pero como siempre las dificultades ensombrecen las esperanzas acariciadas con tanto fundamento. En pleno delirio de entusiasmo, os dais cuenta de que no podéis ver más que cadáveres deformados por vuestras descargas de electrones.

El resumen de vuestros esfuerzos para identificarlos, ayudados por un ingente lujo de medios de toda clase, es el siguiente: citoplasma, núcleo, membranas interna y externa, cápsulas, cilios, corpúsculos metacromáticos, sistema chromidial, fisiparidad y esporulación, dando a este último hecho el pomposo nombre de proceso sexual de autogamia.

**Un balance
muy pobre**

Como veis, total nada. Nombres prestados a los griegos. Algo así como si hubierais puesto música wagneriana a un chascarrillo inocente. Una manera muy elegante de ocultar lo que en realidad no se sabe.

Todavía podemos seguir conjugando el verbo amar, sin que vosotros percibáis la música fascinante de nuestras horas de pasión.

Y doy fin a mis reproches y a mis quejas.

Imagino ha quedado patente la deslealtad de vuestras luchas y el dolor infinito de nuestra impotencia, ante la enorme y lo refinado de vuestros elementos de tortura.

Creo que todo ello son razones más que suficientes para inclinaros a una rectificación de métodos. Si no basta el camino de la caballerosidad, intentaré en apoyo de una problemática conmisericordia, valorar nuestros méritos, cotizar nuestra función industrial. Porque todo nos induce a creer que os

**Un intento
de pedir
justicia**

olvidáis alegremente de que existimos para algo más que para disputaros ciertas substancias de vuestros cuerpos. En la simbólica balanza de la justicia, no cuenta con su verdadera exactitud, el trabajo de nuestros hermanos, en cordial colaboración con vuestros esfuerzos y vuestras iniciativas, para conseguir que cada día sea más fácil y más sabroso el pan de vuestra plegaria más emotiva.

¿Quiénes son, más que los microbios, los peones esforzados que desintegran la materia orgánica cuando su ritmo vital se paró definitivamente? Somos nosotros, que con nuestro trabajo callado y anónimo, devolvemos a la energía universal todo el edificio de vuestras síntesis perecedoras. Y todo ello sin pensar en recompensas, y aun sabiendo que para la mayoría de nosotros, la muerte será su mejor premio.

**Nuestro
esfuerzo
por la vida
común**

¿Quién en contacto fraternal con las raíces de las plantas labora incesantemente para simplificar los materiales con que se ha de nutrir el vegetal para construir su maravilloso y variado edificio de tronco, ramas, hojas, flores, frutos y perfumes? Pues nadie más que nosotros sabe, en un esfuerzo que difícilmente comprenderéis jamás, convertir las tierras infértiles en campos de lujuriente vegetación.

A nosotros debéis también la conversión del mosto dulzón en el vino estimulante y alegre. La transformación del soso macerado de lúpulo y cebada, en agradable cerveza, es también obra nuestra.

¿Quién da el aroma agradable al queso y os fabrica el Yoghourt que tanto apreciáis, y hace sabroso y esponja el pan, más que nuestros hermanos?

Y fabricamos industrialmente el alcohol, el ácido láctico y el ácido acético y el ácido butírico, y tantas otras substancias que vosotros habéis bautizado pero a las que nosotros hemos dado vida. Y no hay duda que existe un abismo entre crear algo, por insignificante que parezca y darle un nombre por eufónico que sea.

Y lo más curioso es que toda esta tarea impresionante la realizamos sin pedirnos jornal, sin provocar conflictos sociales, sin jornadas cada día más cortas y sin disminuir jamás el rendimiento de nuestro trabajo, siempre que el medio no constituya un obstáculo a nuestro tesón.

Después de todos estos argumentos, cada uno de los cuales constituye una prueba irrecusable que patentiza vuestra falta de caballerosidad, y la nítida razón de nuestras quejas, me asalta una duda sobre la oportunidad de su planteamiento.

**El fin de
nuestras
quejas**

Porque sé que os habéis reunido para conmemorar el recuerdo y la vida de uno de vuestros hombres más selectos. Nosotros que quisiéramos demostraros hasta donde llega nuestra comprensión, podemos afirmar que entendemos perfectamente vuestra devoción por Pasteur. Y si entre los hombres no significa irreverencia, sentir la idolatría por otro hombre, confesamos que no nos sorprende la veneración que ofrecéis al Maestro.

Pero del mismo modo que nosotros sabemos situarnos en vuestro clima sentimental, por unos instantes os invito a colocaros en el nuestro, para que así pueda yo excusarme de describir lo que los microbios pensamos de Pasteur.

Mientras termino los razonamientos de mi alegato, pienso en la inutilidad de pedir una tregua o un armisticio que ponga fin a esta lucha desigual. Nuestra existencia no tiene otra perspectiva que la trágica melodía de la Danza de la Muerte.

Por esta razón, sólo os pido un poco más de armonía en vuestro eterno pelear. Y si en estos días para vosotros de conmemoración gloriosa, tenéis un pensamiento de dolor por la vida atormentada de los microbios, cumpliréis un deber de justicia, que por anticipado os agradece, quien se despide de vosotros con las clásicas palabras de los gladiadores:

Morituri te salutant

GRAFICAS TYPUS
P.º Gral. Mola, 55
BARCELONA

Universitat Autònoma de Barcelona

Servei de Biblioteques

Biblioteca de Veterinària

Universitat Autònoma de Barcelona

Servei de Biblioteques

Reg. 150066 7190

Sig. A39/10



EDICIONES LETI